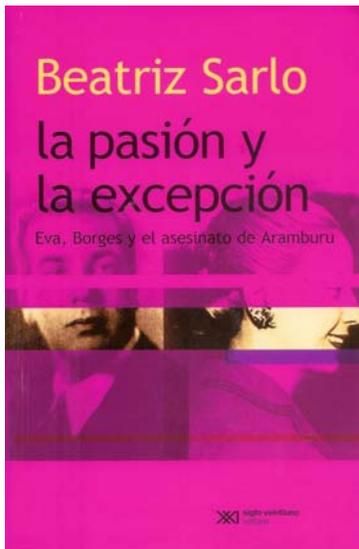


**LA PASIÓN Y LA EXCEPCIÓN.
EVA, BORGES Y EL ASESINATO DE ARAMBURU**
Beatriz Sarlo, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2003. pp. 270.



La República Argentina y sus contradicciones produjeron dos de los mayores íconos del siglo XX, Eva Perón y el “Che” Guevara. En el camino a su universalización, sus historias personales parecieron quedar obnubiladas por el brillo de las personalidades contestatarias, sus hermosas presencias, discursos encendidos, por sus vidas condenadas a la brevedad con la muerte dolorosa en la soledad de la selva boliviana para el “Che” y en el ostracismo de una enfermedad salvaje, en el caso de Eva.

Extrañamente, la muerte de ambos parece haber constituido su éxito supremo; las fotos del cadáver del Che exudan belleza, mientras los despojos de Eva Perón convirtieron su elegancia en eterna inmovilidad. Lo que siguió para ambos, fue el misterio. Los huesos del “Che” fueron descubiertos recientemente tras impersonales pruebas de ADN, en medio de la selva boliviana que constituyó su anónima tumba en las últimas décadas. Los de la Evita embalsamada tuvieron un destino móvil en la rigidez de la muerte. Para la “Revolución Libertadora” que derrocara a Perón en 1955, el cadáver de Eva se convirtió en estorbo. Sin saber si enterrarlo o destruirlo, los militares en el poder se dedicaron a perpetrar la primera “desaparición”. Tal como lo relatara Tomás Eloy Martínez en su *Santa Evita* (1995) el cadáver fue confinado localmente en casas y salas de cine, terminando por cruzar el Atlántico para ser enterrado en tierras foráneas, como tantas figuras de la historia

Argentina. Es aquí donde el estudio del “personaje” Evita abandona su universalidad para retornar a su propia argentinidad; las preguntas de cómo fue posible su ascenso, qué la convirtió en figura atemporal y el por qué del largo peregrinar de sus despojos para terminar en el elegante Cementerio de la Recoleta rodeada de los “oligarcas” que desprecio en vida, son tan particulares a la idiosincrasia del país pampero, que sólo pueden ser contestadas desde la propia cultura y nacionalidad.

Beatriz Sarlo se aboca a esta difícil tarea. Partiendo de Evita actriz mediocre, de apariencia a duras penas adecuada en medio de las estrellas de rutilante belleza del cine de oro argentino, reconstruye la imagen política que la convirtió en la principal herramienta del peronismo en su conquista de las masas populares: “La adulación dio el tono del tratamiento oficial de Eva. Lo normal fue la hipérbole. Ninguna virtud, ninguna comparación pareció inadecuada en el culto a la personalidad que el peronismo convirtió en pivote de su política de masas” (p.29). Esa *Evita* ídolo popular, figura atemporal y elegante, destellante de joyas, que exhibía la posibilidad de ascenso social desde una *criollita linda* (p.42) a *mujer excepcional* (p.70), se reafirmó con la dolorosa muerte temprana que le exigió la renuncia a la candidatura a vicepresidenta, poco antes de su deceso. Una Evita casi transparente, sostenida por su marido por detrás, se dirigió en la Plaza a sus “descamisados”, por última vez. Las lágrimas que acompañaron a su renuncia, quizás de dolor, quizás de impotencia, son rescatadas por Beatriz Sarlo, para redondear este personaje romántico y trágico, a la manera de los radioteatros que Evita misma protagonizó antes de su ascenso. Su cadáver embalsamado buscaba mantener esa representación. Ante el Juan Perón expulsado y exiliado, era Evita la imagen del combate. De ahí, la necesidad de la restitución para el peronismo. De ahí, la venganza que pedían los sectores radicalizados.

Es en este punto, en el análisis de la venganza, donde Beatriz Sarlo parece lograr el punto más alto de su ensayo. Para retratar las razones e idiosincrasia del peronismo, utiliza la mirada de Borges, *un sólido antiperonista* (p. 112), su objeto de estudio por muchos años a pesar de la clara diferencia ideológica.

Utilizando tres magistrales cuentos del gran autor argentino (*Emma Zunz, El simulacro, El otro duelo*)¹, Beatriz Sarlo parece encontrarse en la búsqueda de retratar los componentes fundamentales en la, tantas veces, irracionalidad de la venganza: un elemento disparador inicial, la “hipérbole de la crueldad” (p. 229), la desmesura, la excepcionalidad. Al final de *Emma Zunz*, recuerda Sarlo, Borges le hace decir a su personaje tras el asesinato: esta es “una historia increíble” (p. 117), una historia que desgaja imprecisiones, y donde el ajusticiado puede no ser el culpable.

Desde esta reflexión literaria, la autora analiza la primera gran herida abierta de la realidad empírica de los setenta argentinos: el asesinato del ex presidente de la Revolución Libertadora, Pedro Eugenio Aramburu en manos de ala peronista juvenil de izquierda, montoneros. He aquí como se lleva a cabo la venganza tal cual Borges predijera. Una venganza que, desde los polos opuestos del pensamiento, parece indicar una raíz casi cultural. Desde lo personal, Beatriz Sarlo señala que festejó “el asesinato de Aramburu” (p.11) para que en la actualidad y en primera persona, confiese: “más de treinta años después, la frase me parece evidente (muchos lo festejaron), pero tengo que forzar la memoria para entenderla de verdad” (p. 11). Y es este punto donde la parábola se devela: Eva y la devolución de su cadáver fueron invocadas en la ejecución- ajusticiamiento de Aramburu, quien fuera el intelectual tras los hechos de la desaparición de Eva embalsamada y los fusilamientos de la Revolución Libertadora, según sostenían montoneros, (aunque el perpetrador fuera Isaac Rojas, el vicepresidente). En la mentalidad montonera, el ejecutor se desechaba para ir a la idea, y esa acción “justiciera” por parte de la juventud de izquierda dejaría su impronta en la historia posterior Argentina. Quizás, aunque Beatriz Sarlo no lo diga, tendría cierta relación con la ocultación posterior de las acciones del Estado, donde los fusilamientos serían reemplazados por “desapariciones”, por la eterna vaguedad de lo impreciso, por la crueldad anónima, en su punto más alto.

¹ “Ema Zunz” se encuentra en “El Aleph”. “El simulacro” en “El hacedor”. “El otro duelo” fue escrito en 1970 e incorporado al libro “El informe de Brodie”. Ver en “Obras Completas” Buenos Aires, Emecé, 1974.

Es en esta tercera parte, la referida a la historia reciente, donde Beatriz Sarlo abunda con testimonios de la época, en palabras plasmadas de los propios protagonistas, en donde la venganza se exhibe en sus niveles más profundos, en donde el latente desprecio a la vida se vuelve un instrumento de redención: “No habrá bandera blanca. La sangre derramada no será negociada. Con ustedes hasta la victoria. Perón o muerte. Libres o muertos, jamás esclavos. A vencer o morir, por la Argentina”². Una de las tantas expresiones de oposición extrema que la autora recuerda y reedita en esa temporalidad que hoy nos parece ajena.

Al final, Beatriz Sarlo parece lograr su cometido. En sus páginas, Eva se revela como el ídolo, la explicación de la necesidad de venganza en la recuperación de un cadáver “desaparecido” en manos de la Revolución Libertadora. El proceso de venganza queda revelado en todas sus aristas y desmesuras, como en los relatos de Borges. La paradoja final del cumplimiento de las predicciones del admirado aunque odiado enemigo intelectual, se descubre en las acciones de la juventud de los setenta. El análisis parece completo en esta metáfora gigante que Beatriz Sarlo rescata, magistralmente, de la propia historia argentina.

Por Nora Beatriz Lemmi

² Página 177, citado del final de la “Carta de presos a Ongaro” en *Cristianismo y Revolución*. Año IV, Número 29, junio de 1971.